

ENTREVISTA A JEFFREY MASSON - AUTOR DEL LIBRO "AGAINST THERAPY"

POR QUE HAY QUE ABOLIR LA TERAPIA O EL CASO CONTRA LA TERAPIA

Por Timothy Beneke
THE EXPRESS
Berkeley, octubre 7, 1988
Trad. Prof. F. Huneeus

INTRODUCCION

La terapia es una institución que ha tenido gran abundancia de celebrantes (generalmente auto-interesados), pero pocos detractores serios. Ahora ha encontrado su primer abolicionista —Jeffrey Masson, quien sostiene que la terapia es un edificio construido de tal modo, que pone en peligro a cualquier persona que entra en él—. En su nuevo libro, **En Contra de la Terapia (Against Therapy)**, él es una empresa demoleadora de una sola persona, de considerable energía e inteligencia.

Masson llegó a su oposición a la terapia luego de viajar por largos y tortuosos caminos que ameritan ser relatados. Comenzó como un estudioso altamente exitoso del sánscrito, obteniendo un Ph.D. de Harvard y un cargo de planta en la Universidad de Toronto a la edad de treinta años. Pero tan pronto como empezó a enseñar, supo que tendría que mirar hacia otras partes para encontrar alguna inspiración intelectual. Y la encontró en la elegancia y profundidad de la mente de Sigmund Freud. En 1970, Masson comenzó ocho años de análisis didáctico en el Toronto Psychoanalytic Institute, durante los cuales su fascinación y asombro iniciales por el psicoanálisis se transformaron en cinismo y duda. Pero lo que jamás cambió fue su respeto casi religioso por el intelecto de Freud. Luego de publicar una serie de trabajos bastante admirados y conocidos, en las revistas más importantes de psicoanálisis, y ganándose el respeto y la amistad del poderoso y conocido analista Kurt Eissler, a Masson se le dio, en 1980, lo que tanto había deseado. Fue nombrado director de proyectos de los Archivos Sigmund Freud, con lo cual obtuvo un acceso privilegiado a los libros, paneles y documentos privados de Freud en la casa de Anna Freud en Londres.

Y fue mientras estaba en este cargo que Masson generó la controversia internacional que aún lo persigue. Luego de examinar exhaustivamente los papeles y documentos de Freud, Masson concluyó que Freud, por conveniencia profesional y debido a una falta de coraje, había decidido negar la realidad de los relatos de abuso sexual en la niñez que le contaban sus pacientes.

En un comienzo, Freud se había impresionado mucho por los relatos de sus pacientes mujeres, en que se veía que habían sido abusada sexualmente cuando niñas. Pero cuando, en 1896, le presentó estos hallazgos a sus colegas, fue ridiculizado y condenado al ostracismo. Unos años más tarde, Freud sostuvo que las mujeres no habían estado evocando recuerdos sino fantasías —una afirmación que llegó a ser considerada como un gran adelanto intelectual—. De hecho, decía Freud, estaban inventando todo. Masson sostuvo que Freud simplemente había perdido la valentía y la confianza en sí mismo —con consecuencias que resultaron ser desastrosas para el mundo del

psicoanálisis y de la terapia—. Porque al colocar las fuentes del sufrimiento humano dentro de la psique y descreer los relatos de sus pacientes acerca de la existencia de un trauma real y de una injusticia, Freud echó a correr una larga tradición de ceguera terapéutica ante las verdaderas fuentes objetivas del sufrimiento humano.

El sostener tales puntos de vista en privado, era una cosa, pero expresarlos en el **New York Times** era otra. Naturalmente que Masson, al decir esto en una entrevista pública, hizo que todo el mundo psicoanalítico lanzara una gran cantidad de veneno sobre él; los amigos psicoanalistas que le habían entregado su apoyo y amistad, de pronto tuvieron miedo de ser vistos en su presencia; además, fue removido de su puesto en los archivos. Un prominente analista alemán (y antiguo amigo) se levantó durante una charla de Masson y sugirió que fuera internado en una clínica psiquiátrica: únicamente un paranoico, sostuvo, podría creer que el incesto era tan prevaleciente. Y Janet Malcolm escribió una serie de artículos chismosos en el **New Yorker**, centrados en la personalidad de Masson y que parecían no percatarse de la cuestión tan tremendamente seria que él había suscitado.

En 1984, Masson escribió un libro cuidadosamente razonado y académico, llamado **El Asalto sobre la Verdad (The Assault on Truth)**, en que detalla sus puntos de vista; fue recibido en silencio y desechado por la comunidad de psicoanalistas. Pero un segmento articulado de academia llegó en defensa de Masson. Desde fines de la década del 60, diversas autoras feministas tales como Judith Herman, Catharine MacKinnon, Alice Miller y Diana Russell habían estado catalogando la ceguera masculina —y de hecho, la justificación— ante la violencia en contra de las mujeres. A diferencia de sus colegas hombres, ellas sostuvieron que la teoría de Masson se merecía una consideración seria.

Masson siguió con otros dos libros: una bien recibida traducción de las cartas Freud/Fliess, y el otro, una obra no tan bien recibida, **Una Ciencia Oscura (A Dark Science)**, que consiste en traducciones, con comentarios, de artículos franceses y alemanes de fines del siglo XIX, sobre psiquiatría y ginecología. Al leer cientos de tales artículos, no encontró ninguno que tratara con simpatía a las mujeres.

Y ahora con **Against Therapy**, su crítica ha llegado a la definición más amplia. **Against Therapy** contiene, entre otras cosas, un artículo bastante angustiante sobre la prehistoria de la terapia; un incisivo análisis del caso "Dora", el caso más famoso de Freud; un examen de las dudas de Sandor Ferenczi acerca de la viabilidad de la terapia; un relato de la desagradable colusión de Carl Jung con los nazis; una crítica a la "benevolencia" de Carl Rogers y una discusión sobre sexo y maltrato en la terapia. Los argumentos de Masson no surgen de ninguna teoría o ideología social explícita, sino de sus observaciones concretas de las historias de horror en el mundo de la terapia.

Yo llegué a conocer a Jeffrey Masson cuando lo recluté para que escribiera un ensayo para **Los Hombres Confrontando la Pornografía (Men Confronting Pornography)**, un libro de ensayos próximo a salir, donde hombres que simpatizan con el feminismo tocan el espinudo tema de la pornografía. Ambos habíamos escrito sobre la violencia hacia las mujeres y hablado en contra de ella —yo, en un libro llamado **Men on Rape**, que Masson había admirado—. Esto produjo entre nosotros una especie de amistad. Lo encontré un hombre exuberante, sorprendentemente rápido y más bien ensimismado en sus propios pensamientos de una manera pueril. Luego de encontrarnos con Masson varias veces en Panini, la muy bien cotizada sandwichería gourmet de Berkeley, de la cual él es socio, llegué a admirar su mente espontánea y alerta y su disposición a perseguir ideas fuera donde fuera que lo llevaran. También descubrí que era un hombre de genuina humildad.

Masson se mantiene muy bien para sus 47 años, es de estatura media y figura atlética, buenmozo, de un tipo moreno mediterráneo. Nos encontramos para la siguiente entrevista en su pequeña casa recién arrendada, al frente de la estación BART del metro, en Berkeley Norte. Poco después que prendí la grabadora, noté que el ritmo de nuestra conversación, que se había dado en forma natural muy rápido, decayó; los dos gatos siameses de Masson se habían acomodado en nuestras faldas.

ENTREVISTA:

Beneke: A lo largo de En Contra de la Terapia, tú repetidamente indicas las violaciones a la dignidad humana que se han perpetrado en nombre de la terapia, casi siempre justificadas a través de la definición, interpretación o explicación del terapeuta acerca de la realidad privada del cliente, de una forma que no respeta en absoluto su dignidad. Al admitir que la gente muchas veces cree que la terapia los ayuda y, sin embargo, cuestionando seriamente si de verdad los ayuda, al punto de querer llegar a abolir la terapia, ¿tú estarías siendo culpable de lo mismo? ¿Por qué no simplemente creerle a la gente cuando dicen que la terapia los ayuda?

Masson: A través de conversaciones con gente que se sentía ayudada por la terapia, he aprendido a aceptar lo que dicen tal cual es. Tienes razón. Si creo a medias lo que dicen o lo interpreto, entonces caigo en la trampa de abusar de ellos de la misma forma en que los terapeutas, en el peor de los casos, abusan de sus clientes.

Yo creo que hay gente que ha sido ayudada por la terapia. Hay terapeutas que son amables, humanos, compasivos, buenos para escuchar y que tratan de ayudar. Lo que yo quiero es la profesionalización de estas buenas cualidades. Mal que mal, si un amigo te escucha bien, atentamente y con simpatía, y de cuando en cuando te da un consejo útil o hace algunos comentarios profundos, no consideramos esto como ninguna cosa extraordinaria. Sin embargo, cuando un terapeuta se comporta de esta manera, la gente, por lo general, se siente llena de gratitud.

Y uno nunca sabe si su terapeuta va a tener estas cualidades. Cuando uno invierte tiempo, energía y dinero, no quiere que lo tomen por idiota. La gente suele hacer muchas concesiones con tal de creer en su propio terapeuta.

Beneke: Y si un cliente expresa rabia o frustración hacia el terapeuta, muchos terapeutas no lo considerarán como una crítica legítima o seria. Puede que estimulen al cliente a examinar y explorar las fuentes de su rabia —suponiendo, por supuesto, que su rabia no es justificada—. Y los clientes hacen una inversión al tomar muy seriamente las directivas y observaciones de los terapeutas.

Masson: Yo argüiría que el hecho de que la terapia ayude a algunas personas, no significa que la institución en su totalidad, sea una cosa buena. En terapia es tan difícil tener cualquier tipo de medida objetiva acerca de lo que sucede o saber qué es lo que ayuda. Los estudios que se están haciendo actualmente con terapia en videotape y que miden las respuestas fisiológicas del terapeuta y del cliente, me parecen absolutamente absurdos e imposibles. Y la gente que está haciendo esta investigación, por supuesto que tiene algo invertido en los resultados. Uno no puede esperar que sean objetivos.

Casi toda la gente con la cual he hablado, piensa que me he propasado al pedir la abolición de la terapia. Para mí, muchos de los asuntos giran en torno a la noción de consentimiento informado. ¿Que es lo que es exactamente el consentimiento informado cuando alguien se mete en terapia? ¿Cómo han de saber las personas los peligros de aquello en lo que se está metiendo?

Considera: Si tú entras a una buena librería y vas a la sección de psicología, encontrarás, virtualmente, cientos de libros que glorifican una u otra forma de terapia, pero no vas a encontrar ni un solo libro que se oponga a ella; al consumidor se le venden, de una manera muy persuasiva y elaborada, los beneficios de la terapia. Y no es como si uno de cada cincuenta libros escritos diga algo así: "Cuidado, sea cauteloso, querido consumidor, cuidado".

Desde luego que personas como Szasz y Laing han criticado los conceptos de enfermedad mental o de la psiquiatría convencional, pero siguen siendo terapeutas. Mi libro es el primero que ataca directamente la idea misma de la psicoterapia.

Para los clientes, el consentimiento informado es algo fundamentalmente inexistente. ¿Cuántos clientes saben, por ejemplo, que en las encuestas anónimas el diez por ciento de los terapeutas hombres admiten haber tenido algún tipo de contacto sexual con sus clientes mujeres? Y seguramente, la cifra real es muchísimo mayor. ¿Cuánta gente está realmente informada acerca de los efectos negativos potenciales de las drogas psiquiátricas o del electroshock? O, poniéndolo en un nivel más mundano, ¿cuánta gente está informada de que va a gastar una gran cantidad de dinero y seguramente no será muy ayudada? O peor, ¿cuánta gente encuentra que la experiencia terapéutica es tan dolorosa que tiene que terminarla?

El mundo del psicoanálisis, que suministra la base intelectual y teórica de gran parte de la terapia, es un mundo muy cerrado, lleno de secretos. Yo me introduje en los Archivos Fenichel, que están en la Biblioteca del Congreso. Otto Fenichel, uno de los principales seguidores de Freud, había sido uno de mis héroes. Fue miembro del Partido Comunista y una persona muy consciente de las injusticias sociales. Encontré un trabajo muy perturbador que escribió acerca de los comités de formación. El sostenía que lo que algunos analistas dicen sobre otros, jamás puede ser algo público. El razonaba que si la gente supiera la bajísima opinión que tienen algunos analistas acerca de otros, a los clientes les sería imposible crear una transferencia positiva hacia ellos —es decir, ver a los analistas en la misma luz extremadamente positiva en que una vez uno vio a sus padres—. Fenichel estaba argumentando a favor de la necesaria naturaleza intrínseca del secreto.

Beneke: Déjame hacer un modelo de qué es lo que ayuda a la gente en terapia. Yo lo he escuchado enunciado de distintas formas, tanto por terapeutas como por clientes.

El cliente revela abiertamente su sí mismo personal de una manera que jamás podría hacerlo con un amigo, porque con un amigo tiene más cosas de qué culdarse. El terapeuta escucha atenta y sensiblemente, y con tal empatía, que el cliente siente que el terapeuta lo entiende tanto como se entiende él mismo.

Y además de esto, el cliente no se siente juzgado. El cliente se siente aceptado, con sus verrugas y todo.

Esto crea un contexto donde puede producirse una especie de auto-cura. El cliente, por lo tanto, se relaja más y se acepta más; las introversiones llegan más fácilmente a medida que el cliente se siente con más libertad para examinarse a sí mismo.

Lo que hallo asombroso acerca de todo esto, es cuán semejante parece ser a la confesión del catolicismo, pero sin penitencia. Uno confiesa toda una vida interna con la cual uno se siente incómodo, y el terapeuta dice que está todo muy bien.

Masson: Es muy parecido a la confesión; solo en la confesión uno está siendo explícitamente juzgado y se le da a uno un modo de remediar sus pecados.

Pero no es tan cierto que un terapeuta lo escuche a uno sin juzgarlo, como ninguna persona puede escucharnos sin emitir algún juicio. Puede que no **expresen el juicio, pero eso no es lo mismo que no tenerlo.**

Y esto se pone complicado. El terapeuta te escucha y tú le cuentas algo horrible. Recuerdo un caso que discutimos en un seminario; un hombre admitió, durante el análisis, que él abusaba de los animales. Tenía la costumbre de introducirle clavos a los gatos en las orejas. A la mayoría de nosotros nos es imposible escuchar esto sin emitir un juicio. Yo lo habría acusado a la policía o a la sociedad protectora de animales si hubiera sido mi cliente. Esto llega a su **reductio ad absurdum si nos imaginamos, por ejemplo, al terapeuta de Hitler: "Doctor, acabo de asesinar a seis millones de judíos". "Ah, muy interesante. Cuénteme un poco más. Lleguemos al fondo de todo esto".**

Beneke: Pero la mayoría de nosotros no somos ni Hitleres ni abusadores de animales. La mayoría de nosotros somos víctimas de una larga tradición cristiana que, en asuntos de moral, iguala los pensamientos con los hechos; en algún nivel, nosotros sentimos que pensar algo "malo" es equivalente a hacer algo malo. Así que llevamos el innecesario bagaje psíquico en forma de culpa y vergüenza de nosotros mismos. ¿Por qué, entonces, el aspecto "confesional" de la terapia no puede ser correctivo de esto?

Masson: Repito, los terapeutas no son menos enjuiciadores que el resto de nosotros. Ellos aprenden a presentar una fachada muy buena; a sesenta dólares la hora, uno puede aprender a parecer muy aceptador. En segundo lugar, ellos tienen sus propios intereses, obsesiones y neurosis, Y en la medida en que los tuyos se mezclen con los del terapeuta, muy bien. Pero eso no es mucho mejor que un buen amigo.

Ahora también es cierto que mientras más escuchas a la gente, menos te choqueas por las cosas que oyes y las cosas que pasan. Una de las atracciones de una buena novela está en el imaginarse la vida de otra gente. No hace mucho tiempo, un amigo me contaba que mientras más hace psicoterapia, menos le interesan las novelas, porque escuchar a la gente hablar acerca de su vida es mucho más interesante que cualquier novela. Y lo creo. Y es cierto que lo que un cliente encuentra muy choqueante y tremendamente difícil de contar, puede que uno lo esté escuchando por centésima vez.

Beneke: Sí, recuerdo un estudio psicológico en que algunos presos llenaron anónimamente unos cuestionarios. Una de las preguntas era que escribieran su miedo secreto. ¡Y muchos de ellos escribieron el miedo a la muerte!

Pero ahora tú pareces estar diciendo que los terapeutas se hacen más aceptantes.

Masson: En teoría te haces más aceptante, pero lo que yo he descubierto es que en el hecho real la gente no era más aceptante. Seguían manteniéndose dentro de los límites de sus propios prejuicios. Los psicoanalistas simplemente no crecen como gente a partir de toda su exposición a experiencias humanas distintas.

Inicialmente, idealicé a los psicoanalistas hasta el máximo. Yo pensaba que los psicoanalistas más importantes serían personas muy abiertas debido a su vasta experiencia, como los grandes pensadores y eruditos que han leído tanto. Pero resultó que no era así.

En mi libro doy un ejemplo de una mujer que estaba enérgicamente en contra de la pornografía. En una ocasión, su analista dejó escapar que le gustaba leer el **Playboy**. El escuchar a las mujeres asociar libremente no lo había hecho más consciente; todos sus prejuicios se mantenían.

La postura aceptante y no enjuiciadora de los terapeutas es teatro. En Toronto yo conocí analistas que estaban ganando 150 dólares por la hora. Algunos de estos tipos, luego de las consultas y haciendo terapias de grupo y evaluaciones, estaban ganando cerca de medio millón de dólares al año. Cuando uno gana tanto dinero, uno ama a la gente que se lo está proporcionando. El analista clásico se sienta detrás del sofá y no dice mucho; a uno no lo ven, así que uno no tiene que tener esa mirada intensa y penetrante en los ojos. Uno se puede dar el lujo de tener los ojos vidriosos de sueño, dormir o dormitar tranquilamente. Puede ser bastante horrible.

Pero seamos justos. La mayoría de los terapeutas sí miran de frente a la persona. Hay una forma de desarrollar cierta mirada intensa de preocupación y compasión, es cuestión de fruncir el ceño y concentrarse intensamente. Y estas mismas personas en otras situaciones, son las "latas" que son en la vida diaria. Es teatro, algo que aprenden a hacer. Uno aprende un cierto número de frases; uno aprende cierto tipo de interpretaciones. Uno aprende toda una persona y un rol que le resulta enormemente rentable.

Beneke: Esto me hace pensar algunas preguntas interesantes. Hay muchas situaciones en la vida que son estructuralmente ambiguas, donde es muy difícil saber cuáles son los propios sentimientos y motivaciones. Tomemos, por ejemplo, un mando medio de una empresa, quien cree en el hecho de ser bondadoso y ético con sus empleados y que también sabe que puede hacerlos trabajar más siendo de esa forma. O una empresa que le da dinero a la televisión pública, sabiendo que esto le va a significar publicidad. En ambas situaciones, la gente tiene problemas para saber —Indiscutiblemente, no puede saber— cuáles son sus verdaderos sentimientos y motivaciones.

Ahora toma un terapeuta que gana sesenta dólares por la hora (típica tarifa en Berkeley hoy en día). ¿Cómo saben ellos si son bondadosos y aceptantes porque quieren el dinero o porque se sienten así? Las estructuras ambiguas constriñen el auto-conocimiento.

Masson: Esto es absolutamente correcto. Y también es muy difícil saber estas cosas en la vida diaria. Cada vez que hay una relación de arriba-abajo o cuando no hay una igualdad completa, surge de inmediato esta ambigüedad. Nos preguntamos, por ejemplo, lo siguiente: ¿por qué estoy siendo tan delicado y agradable ahora? ¿Cuántas esposas saben, por ejemplo, si están siendo agradables con sus maridos debido al afecto que sienten por ellos o porque necesitan compañía?

Si no lo podemos saber ni siquiera en una relación íntima, ¿cómo lo podemos saber con una persona totalmente desconocida para nosotros? Recuerden: un terapeuta siempre es un desconocido para su cliente, no importando cuánto éste crea conocer a su terapeuta.

Una mujer judía a quien conocí mucho, había pasado su niñez en el ghetto de Varsovia cuando Hitler estaba en el poder. Para ella era muy importante que su analista fuera judío. Y él se rehusó a decírselo. El hombre a quien ella veía, tenía un nombre que sonaba como judío; resultó no ser judío sino alemán. El, por supuesto, no tenía ninguna comprensión histórica de la terrible realidad objetiva con la cual ella había tenido que lidiar cuando era una jovencita judía. El insistía que sus recuerdos estaban distorsionados por la paranoia y la "agresión interna".

Beneke: Tu punto de vista es que los terapeutas tienen que tener una comprensión muy amplia y profunda de las fuentes objetivas del sufrimiento humano, tanto en asuntos políticos como de injusticia social.

Masson: Sí, y no la tienen! Y más aún, a muchos de ellos, sino la mayoría, simplemente no les interesa. Creen que pueden sacar la psique y aislarla de la historia y la sociedad. Y no se puede hacer eso.

Tomen, por ejemplo, un terapeuta blanco de clase media, de Berkeley, que ve a un tipo negro de East Oakland. ¿Por qué tendríamos que suponer que este terapeuta puede entenderlo? Me tomó mucho tiempo llegar a admitir que hay mucha gente a la que yo no puedo entender. Puedo ser simpático, amistoso, etc., pero no es posible entender realmente su experiencia. Y no puedo tener la pretensión de ser alguien que puede ayudarlo a tratar con esa experiencia. ¿Cómo puedo ayudarlo? No conozco esa experiencia. Es pura arrogancia de mi parte.

Beneke: Y la arrogancia estriba en el hecho de atribuirse un tipo de conocimiento o autoridad acerca del sufrimiento humano que uno realmente no tiene.

Masson: Y que no puede tener. Yo he sostenido este argumento ante analistas de más edad y me han respondido de la siguiente manera: "No tienes que tener un ataque al corazón para ser un buen cardiólogo". Pero el cuerpo humano es siempre más o menos lo mismo. La experiencia humana es bastante diferente. El cuerpo de un hombre negro y el mío, por ejemplo, son más o menos idénticos. La terapia es acerca de las experiencias, las que ciertamente **no** son idénticas.

No todos tenemos las mismas emociones y experiencias. Y el sólo tener un conocimiento abstracto acerca de ellas no es suficiente.

Beneke: En tu libro Against Therapy tienes una discusión bastante interesante acerca del concepto de "locura moral". Se utilizó a fines del siglo XIX para Internar en hospitales a personas que simplemente eran excéntricas o que se rebelaban en contra de la opresión. Claramente tú ves esto como un ejemplo más puro de lo que aún está ocurriendo, pero que actualmente es disfrazado o presentado de otra manera.

Masson: Claro, hoy en día nadie utilizaría una expresión tal como "locura moral". Pero recuerda que no fue hace muchos años que los terapeutas pensaban que las mujeres no debían salir a trabajar. Actualmente, los analistas aún van a llamar a los deseos de trabajar de las mujeres o de triunfar en el mundo de los hombres, "envidia del pene".

Yo tuve una horrible experiencia con mi propio analista. Mi mujer de esa época era una productora de televisión tremendamente exitosa e inteligente. Esto parecía enfurecerlo; finalmente me dijo que ella en lugar de un cerebro tenía un pene. El sostenía que ella había convertido este órgano, su cerebro, en su pene y lo lanzaba y penetraba cosas con él. Su capacidad intelectual era una manifestación de su necesidad de un pene.

En esa época, yo estaba tan enganchado con él como mi terapeuta, que realmente tomaba sus ideas en serio. Yo estaba tan enganchado con ese mundo como cualquier otra persona. Distorsionaba completamente los méritos de mi analista.

Beneke: Esto nos lleva al asunto clave: la transferencia. La transferencia es la tendencia, casi inevitable entre los clientes, a proyectar sentimientos muy intensos del pasado, generalmente sentimientos que tuvieron hacia sus padres, en el terapeuta. Y muchas veces el cliente glorifica exageradamente e idealiza al terapeuta de una manera regresiva, es decir, se convierte en un niño que observa con asombro a su "mami" o a su "papi". En el análisis clásico, gran parte de la terapia consiste precisamente en analizar la transferencia a medida que se desarrolla.

Masson: El analista, en teoría, percibe que el cliente lo está idealizando como algo ilusorio y supuestamente debe ayudarlo a superar esta ilusión. Pero lo que muchas veces ocurre es que el analista, de hecho, obtiene un apoyo emocional de esta transferencia y no desea perderlo. Y esta experiencia, a lo largo de varios años, de tener tantos clientes que lo idealizan, tiende a inflar su ego. Muchos analistas creen que van en segundo lugar únicamente después de Freud.

Beneke: Freud sostenía que había algo esencialmente trágico en relación al inconsciente: realmente sólo se manifiesta a sí mismo en retrospectiva. Si eso es cierto, ¿por qué los terapeutas no actúan inconscientemente sobre sus clientes?

Masson: Sí lo hacen. Mucho se ha dicho acerca de la contraferencia, pero nadie ha reconocido lo que Sandor Ferenczi sostenía en un diario secreto. Ferenczi, quien fue considerado por muchos como el mejor clínico de su generación, argüía que la contraferencia es tan intensa como la transferencia y lo que de verdad se necesita es un análisis mutuo —lo cual, naturalmente destruiría la base económica del psicoanálisis—. Si los analistas quisieran ver a las personas tres veces por semana y, a su vez, ser vistos por ellas igual número de veces a la semana, a partir del amor y la generosidad, eso me interesaría mucho.

Beneke: ¿Y qué medices del amor? ¿Qué hay de esas personas nutritivas, cariñosas y generosas que fácilmente sienten compasión y que además se sienten comprometidas auténticamente a aliviar el sufrimiento y cobran tarifas razonables en una escala ampliamente variable según la persona?

Masson: ¿Por qué unas personas tan cariñosas y generosas como éstas querrían hacer terapia? Admito que tales terapeutas existen, pero son muy escasos. Muchos de ellos son eliminados de la profesión, porque la profesión misma no florece cuando hay demasiada gente así. Ellos echan a perder los elementos de status y de prestigio de la terapia. Tales personas a menudo son marginadas; esto le sucede especialmente a las mujeres.

Yo muchas veces he dicho que, en términos generales, las mujeres son mejores terapeutas que los hombres. Antes que estuviera en completa oposición a la terapia, cuando la gente me pedía consejo, yo les recomendaba que se buscaran una mujer mayor que no les cobrara mucho dinero, que no tuviera un Ph.D. después de su nombre, que no fuera parte de una organización más grande y que pareciera estar haciendo esto a partir de algún superávit de bondad. Y también, tengo que agregar, debiera ser una persona no teórica. Van a estar mucho más seguros con alguien así, pero son escasos.

La mayoría de los terapeutas dependen mucho del hecho de que otros terapeutas les envíen clientes, y, entonces, andan por ahí "haciéndole la pata" a colegas que de otra manera ni mirarían. Y tal vez ni sepan que lo hacen. Hubo un tiempo en que yo almorzaba con un analista distinto cada semana; por supuesto, no todos me eran simpáticos o me parecían interesantes. Y todo como una forma de conseguir pacientes, de llegar a tener una buena reputación, de estar en buenos términos con la gente que tiene el poder.

Beneke: Cambemos un poco de tema. Generaste una tremenda controversia cuando, como director de los Archivos Freud, descubriste evidencia de que Freud, de hecho, había encubierta el abuso sexual que sus clientes mujeres relataban. Y varios años después de haber visto a estas clientes, él decidió que todo era fantasía. ¿Cómo es posible que nadie haya cuestionado este cambio de opinión durante 75 años?

Masson: Buena pregunta. Freud atendió a estas pacientes en 1895. Supuestamente debemos creer que en 1903, es decir, ocho años después, él decidió de pronto que el abuso jamás ocurrió. Esto simplemente no tiene sentido, sin embargo, el establecimiento psicoanalítico lo glorificó como un gran descubrimiento.

Beneke: ¿Puedes explicar cómo es posible que, en 1975, un libro de texto de psiquiatría aún en uso en las escuelas de medicina, sostuviera que una muchacha en un millón eran probablemente víctima de incesto, cuando aquí en Estados Unidos la verdad se aproxima más a una muchacha de cada cuatro?

Masson: En realidad, la investigación que permitiría responder esta pregunta, nos daría para otro libro. Una de las razones es que Freud, en efecto, había dicho: "Las mujeres fantasean sobre este asunto; rara vez ocurre". Así que se convirtió en una especie de dogma de la iglesia: ¿Y cómo lo sabemos? Porque Freud lo dijo. Si ustedes le preguntan a un analista si esto concuerda con su experiencia, les dirá que sí. Muchos analistas me han dicho: "Todas mis clientes inventan fantasías acerca de que fueron seducidas sexualmente cuando niñas". Pero, ¿cómo sabemos que estas mujeres están inventando? Porque Freud lo dijo. La afirmación de Freud ha tenido un **extraordinario** poder de permanencia.

Y yo pienso que también es verdad que los hombres, como clase, como grupo, tienen intereses creados en esta no creencia de que las mujeres son objeto de abusos sexuales. Piensen en Freud, en 1895, presentándole a sus colegas hombres lo que para él era un gran descubrimiento. Hay razones para suponer que había algunos perpetradores del abuso sexual sentados ahí en el auditorio. Si una niña de cada tres o cuatro, está siendo seducida por su padre o algún pariente varón, entonces, un padre o pariente de cada tres o cuatro es un perpetrador.

Así que los psiquiatras tenían intereses creados en negar su existencia —ya sea porque ellos mismos eran perpetradores, o porque eran seguidores del dogma de Freud, o tal vez porque tenían

hijas y no querían ni pensar en el asunto, o porque de otra manera se verían obligados a hacerse preguntas fundamentales acerca de la sexualidad masculina que ellos no deseaban formularse—. El reciente trabajo feminista ha obligado a la gente a hacerse preguntas muy difíciles sobre la sexualidad masculina. Y a la gente eso no le gusta.

Beneke: Los psicoanalistas con los cuales yo he hablado, en 1988, sostiene que están conscientes del gran número de abusos sexuales cometidos en contra de mujeres.

Masson: Tienes razón, y es bastante alarmante, porque, actualmente, la American Psychoanalytic Association y la American Psychiatric Association patrocinan seminarios sobre abuso sexual. Y hay una buena razón para que lo estén haciendo ahora: hay dinero en ello.

Ellos no dicen: Nosotros como psiquiatras, hemos estado en primera fila negando la magnitud del problema del abuso sexual; jamás lo hemos reconocido; somos responsables de que sea encubierto; estamos profundamente arrepentidos y queremos aprender sobre él. En lugar de eso, dicen: **Somos expertos** en eso. ¿Abuso sexual? Desde luego. Freud escribió acerca de ello en 1896. ¿Qué tiene de novedoso?

Beneke: Como yo lo entiendo, Freud, Ferenczi, Fliess y tú, todos son psicoanalistas que han sostenido que la profesión ignoraba lo prevaleciente del abuso sexual. Y todos han sido castigados por decirlo.

Masson: Somos cuatro personalidades muy distintas. Por lo tanto, el ataque sobre mí no tuvo nada que ver con mi personalidad, pero sí mucho que ver con el asunto que yo estaba cuestionando. El día antes que yo dijera estas cosas, yo era una persona muy querida entre ellos; pero súbitamente, cuando digo ciertas cosas, ya no les gusto más. Yo no he cambiado de la noche a la mañana.

Por ejemplo, podemos hacer la siguiente pregunta: ¿por qué los psicoanalistas no reaccionan ante lo dicho por Diana Russell, quien escribió un excelente libro en el que detalla y discute el incesto en la vida de las mujeres? Porque no saben que ella existe. Pero no me pudieron ignorar a mí porque yo era director de los Archivos y estaba obteniendo mucha publicidad. Así que, en lugar de eso, trataron de desacreditar y descalificar mi persona.

Beneke: Los analistas han dicho que a ellos realmente no les importa si un trauma ocurrió en la realidad o en la fantasía —lo que importa es cómo la fantasía funcionó dentro de la psique—. Para conocer el efecto en la experiencia subjetiva de una persona, no necesitamos saber si ocurrió en el mundo real.

Masson: En cierto sentido, esto es la piedra de toque de la teoría psicoanalítica. Y **suena** bien teóricamente.

Beneke: Sí, pero incluso teóricamente, ¿no es acaso la experiencia subjetiva y el efecto de ser violada distinto de la experiencia subjetiva de la fantasía de ser violada? ¿Uno no necesita saber qué es lo que realmente ocurrió?

Masson: De acuerdo. Pero dejando la teoría a un lado, no creo que haya ninguna evidencia para esto. ¿Habría alguna persona que en realidad crea que fantasear sobre haber estado en el campo de concentración de Auschwitz es tan terrible como **realmente** haber estado en Auschwitz? Yo utilizo este ejemplo extremo para mostrar cuán absurda es la idea.

No tengo ninguna razón para creer que las mujeres imaginan que han sido asaltadas sexualmente cuando no lo han sido. Y si por alguna chance esto ocurriera, no creo que le produciría

un trauma a nadie. La idea de que muchas mujeres se ven atrapadas en fantasías de traumas sexuales que jamás les ocurrieron y que están sufriendo horrores por ello, a mí me parece como algo absolutamente descabellado.

Beneke: Los analistas sostienen que tú estás distorsionando e incluso ridiculizando su posición y que ellos no han sido insensibles a los traumas sexuales.

Masson: ¿Desde cuándo? Yo sé que en mi entrenamiento del año 70 al 78, no escuché ni una sola palabra acerca de esto. Pero no tienes por qué creerme a mí. Si los analistas han estado conscientes de ello, ¿dónde están los artículos en las revistas analíticas, que discuten la realidad del incesto y de las violaciones? Simplemente no existen. ¿Dónde están los artículos acerca de la teoría de la seducción?

Beneke: Cambemos un poco de tema. Hablemos de Jung. Jung aparece en tu libro, en el mejor de los casos, como un cobarde moral que estaba muy dispuesto a colaborar con los nazis. Y en el peor de los casos, como un antisemita. Tú citas unos comentarios particularmente perturbadores que Jung hizo, en 1938, acerca de Hitler: "No hay ninguna duda de que Hitler pertenece a la categoría de hombres verdaderamente místicos y medicinales. Como alguien comentara acerca de él en el último congreso del partido en Nuremberg, desde la época de Mahoma no se ha visto nada igual en el mundo. Esta característica marcadamente mística de Hitler es lo que lo hace hacer las cosas que a nosotros nos parecen lógicas, inexplicables, curiosas e irracionales... Veán, Hitler es un hombre medicinal, una especie de receptáculo espiritual, un semidiós, o mejor aún, un mito..."

MI propia visión de esto es que, no importando cómo se pueda interpretar un pasaje como éste, es absolutamente choqueteante. Pero voy a tratar de enmarcarlo como lo haría algún jungiano. ¿Podría alguien argumentar que Jung está siendo sólo descriptivo cuando utiliza ese lenguaje tan adornado y mítico que él emplea para comprender todo? ¿Podría uno argumentar que las palabras como "místico", "hombre medicinal", "receptáculo espiritual", "semidiós" y "mito" son términos jungianos bastante neutros que él está utilizando para interpretar la fuerza y el poder de Hitler? Nuevamente, yo no lo creo ni por un minuto. A mí me parece que Jung está haciendo un llamado a lo peor en los seguidores de Hitler, ¿pero podrá Jung ser defendido o redimido de esto?

Masson: No, si tenemos alguna comprensión del contexto histórico. Retrocedamos. Por el año 1933, los judíos estaban siendo privados de todo tipo de derechos y libertades, y todo el mundo lo sabía. Se hizo una proclamación general de que todos los grupos, artísticos, científicos o de lo que fueran, tenían que actuar en conformidad con la ideología nazi. En 1933, Jung se convirtió en editor de la revista de psicoterapia más importante en Alemania. Mathias Goering, primo del primer ministro prusiano, Hermann Goering, se convirtió en presidente de la sociedad alemana de psicoterapia. En diciembre del 33, apareció un ejemplar de la revista anunciando los nombramientos y proclamando dos cosas sorprendentes. Goering proclamó que todos los miembros de la sociedad alemana de psicoterapia que escribieran artículos para la revista, tendrían que leer "con gran cuidado científico, el libro abridor de caminos de Adolf Hitler, **Mein Kampf**, y lo reconocerán como esencial". Y en una editorial, Jung dijo que las diferencias que existían entre la psicología germánica y la judía ya no podrían ser encubiertas.

Los jungianos han tratado de decirme que todo lo que estaba haciendo Jung era reconocer que los judíos tal vez eran psicológicamente diferentes de los alemanes, así que, ¿qué tiene de raro eso? Pero decir esto en 1933, en una revista en que el primo de Hermann Goering está proclamando que, de ahora en adelante, todos los psicoterapeutas en Alemania tendrán que leer **Mein Kampf** no se puede sostener, entonces, que Jung es inocente—. Puede haber sido **increíblemente** ingenuo y que su ingenuidad **por casualidad** funcionó en beneficio suyo. No hay ninguna duda de que Jung, por lo

menos, estaba siendo un oportunista y de una manera extremadamente peligrosa para los judíos. Simplemente hay que leer, tal como yo lo hice, la revista que él editó en los años subsiguientes, para ver cómo los analistas reiteradamente hacen uso de la autoridad intelectual de Jung para justificar el antisemitismo.

Jung sostuvo que no sabía que la referencia de Goering a **Mein Kampf** aparecería en el ejemplar de 1933. Tal vez fue así. Pero hubo otras referencias más a **Mein Kampf** en ejemplares subsiguientes. Jung era el editor —tenía que saberlo—. Jung estuvo bastante dispuesto a codearse con los nazis; iba a sus conferencias; tenía una relación de camaradería con ellos. Era ventajoso para él comportarse de esta manera.

Y después de la guerra, dijo: "¿Acaso no les advertí acerca de Hitler? Fue un completo hipócrita que jamás pidió perdón. Sostenía que algunos de sus mejores amigos eran judíos. ¿Por qué no habló acerca de lo que le estaba sucediendo a sus amigos? ¿Por qué fue un colaborador tan absoluto?"

Beneke: Pero Jung sí tuvo alumnos, colegas y clientes que eran judíos. Aparentemente, se llevaba muy bien con ellos.

Masson: No creo que Jung fuera personalmente antisemita. Fundamentalmente, era un narcisista y un oportunista que quería encumbrarse. Y si en esto de tratar de encumbrarse, él ponía en peligro la vida de los demás, le importaba un rábano. Y para mí, eso es peor que el antisemitismo.

Beneke: Tú sostienes que la psicología de Jung, que era completamente ciega a los asuntos de injusticia social y a la realidad histórica, fue parcialmente motivada a partir de un deseo de encubrir su propio pasado. Sin embargo, cuando Hitler subió al poder, Jung tenía 55 años y ya había establecido muy bien sus ideas. Tal vez lo que vino primero fue su interés en el sí mismo, en los sueños y en los símbolos, y eso lo mantuvo indiferente a la realidad histórica.

Masson: Sí, creo que tienes razón. Tal vez gracias a su interés por los mitos y los símbolos le fue posible ignorar la realidad objetiva. Pero desde luego que no todo el mundo que se interesa en los símbolos es insensible a la injusticia social. Jung sufría de un problema de carácter. Esta es también la misma opinión que tengo de Joseph Campbell. Cuando nos conocimos nos odiamos a primera vista. Lo encuentro despreciable y sus libros son espantosos. Es en extremo jungiano y corrupto intelectualmente.

Beneke: Tanto Jung como Campbell parecen legitimar y secularizar ciertos impulsos religiosos que ya no pueden caber en las viejas formas religiosas de fe y creencia de muchos intelectuales. Algunas personas encuentran que el comprometerse con los mitos y los símbolos es algo que la eleva, que las profundiza e incluso que las encanta. La gente dice que esto le da un toque de maravilla y magia a sus vidas. ¿Qué tiene de malo esto?

Masson: Tengo muchas objeciones. En primer lugar, lo que me revienta de eso es la falta de erudición, y por erudición no quiero decir algo pedante y complicado. Quiero decir la comprensión real, en profundidad, de otra cultura.

Cuando conocí a Campbell en una asamblea pública, él estaba citando versos del sánscrito. No tenía idea de lo que estaba hablando; tenía un conocimiento muy superficial de la India. Pero lo podía utilizar para su propio engrandecimiento. Recuerdo haber pensado: este hombre es corrupto. Yo sabía que él estaba lisa y llanamente mintiendo acerca de su comprensión de la India y del sánscrito. Cuando traté de indicarle esto cortésmente, él dijo: "Cuando uno va por un camino y un pájaro te caga en la cabeza, uno se limpia y continúa su camino". Yo era el pájaro que estaba cagando en su cabeza. El auditorio aplaudió locamente.

Uno puede utilizar mitos y símbolos para evitar encarar su propia vida y el mundo y para no pensar seriamente acerca de ello. Tomen el comentario que hace Jung acerca de Hitler. No es en absoluto específico. Dice: "Hitler es un hombre medicinal, un semidiós". Por qué no decir: "Hitler está ahora promulgando leyes en contra de los judíos. Eso es lo que significa". Pero Jung diría: "Yo sólo estoy interesado en los aspectos míticos de esto".

Tanto a Jung como a Campbell les falta la curiosidad o el deseo de realmente intentar atacar al mundo y luchar contra él. Jung escribió un ensayo muy superficial llamado "El Mundo de los Sueños de la India". En la India hay muchísima gente que se muere de todas las enfermedades imaginables y a causa de la pobreza, y Jung atravesó la India de punta a cabo y no vio nada de eso. Lo que yo objeto es esta apropiación de otras culturas para el uso privado de uno, romantizándolas, sanitizándolas y mistificándolas, sin tener las herramientas para entenderlas.

Beneke: Pero volvamos a la terapia. Tú crees que Incluso una persona buena que se convierte en terapeuta, se verá atraída por el abuso de poder.

Masson: Digamos que, por lo menos, va a haber una atracción en esa dirección. Existe un "imán" económico y profesional, y las necesidades de poder no resueltas pueden ser evocadas por el rol de terapeuta. Toda interacción terapéutica involucra un desequilibrio de poder. Tiene que ser así. Los terapeutas tratan de negarlo, ¿pero cómo no va a ser así? Una persona está necesitada, sufriendo, y la otra persona, aparentemente, está sana, se le paga y es supuestamente sabia y conocedora. Los terapeutas tienen que mantener esta imagen en alto. Cuando las personas obtienen poder así, lo más probable es que van a abusar de él, y lo hacen. La terapia ocurre en privado. Nadie mira por sobre el hombro del terapeuta.

Beneke: Tú dejas bastante en claro que no tienes nada con qué reemplazar la terapia. Hay una suposición que aparece en todo tu libro de que a cualquier persona que es hospitalizada por razones psiquiátricas o que recibe drogas psiquiátricas, necesariamente se le está haciendo un mal favor. Pero los terapeutas, de hecho, están enfrentados a dilemas muy difíciles, que al parecer están empeorando. Por ejemplo, en una reciente encuesta hecha a 11.000 muchachos entre 13 y 16 años, se descubrió que dos de cada cinco niñas y uno de cada cuatro niños habían "pensado seriamente" en el suicidio. Una niña de cada cinco y un niño de cada diez habían intentado suicidarse. La miseria humana parece ser epidémica e ir en aumento.

Si tú tuvieras una hija que fuera muy suicida y que hubiera intentado matarse una vez, y un psiquiatra te dijera "Mira, le podemos dar algunas drogas que la van a atontar un poco, pero por lo menos impedirán que se quiera matar", ¿qué harías tú?

Masson: Es una pregunta muy difícil. Lo que he hecho, al pensar en esto, es tomar los puntos de vista del movimiento de anti-psiquiatría de liberación (anti-psychiatry liberation movement). He descubierto que ellos saben mucho más acerca de ello que yo. Lo que yo diría es que obviamente preferiría que se le dieran drogas psiquiátricas a que se suicidara. Mi problema es que una vez que uno ingresa a una institución psiquiátrica, es posible que permanezca allí mucho tiempo.

Recuerda que las lobotomías no se llevaron a cabo hace mucho tiempo atrás. Puedo imaginarme a un lobotomista diciéndome: "¿Quieres a tu hija muerta o lobotomizada? ¿Cómo la prefieres?". La gente tiene que vivir con la realidad si alguien cercano se suicida y la psiquiatría se aprovecha de estos temores y se beneficia y la psiquiatría se aprovecha de estos temores y se beneficia con ellos.

Las situaciones rara vez son tan simples. Yo **no** sé qué hacer. No tengo las respuestas. Lo que sí tengo es una oposición sostenida a lo que existe.